

FEDERICO II Y LA LITERATURA Alemana

EXISTEN los más variados juicios acerca de la influencia y el apoyo que Federico II prestó a la literatura alemana. Ciertos autores alemanes, franceses, ingleses, etc., rechazan categóricamente las afirmaciones de aquéllos que defienden al gran rey, explicando su conducta como natural en un hombre, que desde la infancia vivió entre franceses y aprendió a amar la cultura francesa; y en efecto ella reinaba no sólo en la pequeña corte de Prusia, sino también en otras cortes europeas, como la rusa de Isabel la Grande y Catalina II.

El mismo Federico, hablando con Gottsched, decía: *Desde joven no he leído ningún libro alemán*, y agregaba: *Je parle comme un cocher*.

Los estudios de las Academias o de las Universidades eran publicados en francés; toda persona que se preciaba de culta hablaba la lengua de Voltaire, y esto no sólo ocurría en Prusia sino también en las demás cortes alemanas.

Lo que mencionan esos historiadores es el contacto que Federico II tuvo con varios escritores germanos. Es probable que estos le decepcionaran, pero ese contacto prueba al mismo tiempo, que existía un patriótico interés por conocer el estado de la literatura nacional.

Lamentamos no haber podido utilizar directamente las fuentes que se refieren a este tema tan interesante, por lo que hemos debido consultar libros basados en esas fuentes, algunos clásicos en la literatura alemana, otros más modernos, de historiadores franceses, alemanes e ingleses, y que se pueden considerar imparciales.

Diversas desgracias tuvo que soportar Federico el Grande, pero no doblegaron su animoso corazón y, con la energía de un joven, se preocupó por la reconstrucción de su patria, no solamente en el orden económico, sino también en el orden social y cultural.

Se ocupó especialmente de la cultura de su pueblo, fundó escuelas y llamó a los escritores a quienes interrogó sobre su labor. Ya durante la guerra de los Siete años tuvo oportunidad de enterarse de muchos aspectos de la literatura nacional, que serán la base para el trabajo titulado *Sobre el estado de la literatura alemana*. De esta obra dice el historiador Treitschke:

Hacia ella desearía conducir a todos aquéllos que creen en la fábula tendenciosa de que al gran rey le faltó corazón para su pueblo.

Durante la época de Federico el Grande (1740 - 1786), hallamos una serie de escritores, que son los representantes de la vieja literatura alemana, la cual no se logró desprender del yugo extranjero, en parte, porque no confiaba en una literatura nacional independiente de todo influjo extraño, y en parte, porque se aferraba a las reglas del clasicismo francés, considerando que su influencia se mantendría inalterable.

La guerra de los Siete años y muy especialmente la victoria obtenida por Federico sobre los franceses (Rossbach), llenó de ardoroso patriotismo a la juventud alemana, condenando a aquéllos que querían poner trabas al nacimiento de la nueva literatura. Por eso Gottsched fué atacado y abandonado por todos, mientras que Gellert mantuvo su influencia en la Universidad y en el pueblo. Así fueron surgiendo Goethe y Schiller, los dos más grandes escritores alemanes, los prusianos Klopstock, Gleim y Herder, el sajón Lessing y muchos otros.

Cuando Federico II subió al trono, Gottsched era aún el escritor más admirado; al producirse su muerte, Goethe se preparaba para su viaje a Italia. Durante los 46 años de su reinado se produce en Alemania un extraordinario progreso, tanto espiritual como estético.

El rey de Prusia aprovechó su estadía en Leipzig para conocer más de cerca la literatura nacional, para lo cual llamó a varios escritores y poetas, algunos de los cuales habían contribuído honrosamente, prestando apoyo entusiasta y lleno de fervor nacional a ese progreso. Sin embargo, debemos reconocer que fueron superados por la generación joven.

Este contacto del rey de Prusia con los escritores nacionales se produce en los últimos años de la guerra de los Siete años. En Leipzig, recibió a las dos figuras más representativas de la época: Gottsched y Gellert, el 15 de octubre de 1757, al primero y el 18 de diciembre de 1760, al segundo. Gottsched visitó varias veces a Federico; en una de esas entrevistas le leyó una de sus traducciones, *Ifigenia* de Racine, que no causó buena impresión al monarca.

Invitado Gellert a presentarse ante el rey, recitó una de sus fábulas, que agradó a Federico, quien dijo: *Esto es hermoso, perfectamente bien*, y agregó: *El tiene algo tan "coulante" en sus versos, todo esto lo he comprendido, pero*

ahí me ha traído un Gottsched una traducción de *Ifigenia*. He tenido el francés ante mí y no he entendido una sola palabra. Luego se refirió a Pietsch, maestro de Gottsched, a quien había arrojado de su presencia, respondiéndole Gellert, que él hubiera hecho lo mismo. Federico recordó varias veces a Gellert, exclamando: *Este es un hombre distinto a Gottsched*.

Gottsched cometió el error de ignorar las fronteras de su saber, y haciendo uso de su autoridad literaria trató de imponer el clasicismo francés, frente a la oposición cada vez más intensa de los jóvenes escritores, que más tarde lo combatirían implacablemente. Su afán era penetrar en las cortes alemanas, lo que consiguió, pero no en el grado que hubiera deseado. Al mismo tiempo no vacilaba en traducir a varias lenguas unos versos que Federico le había dedicado.

La aspiración de Gellert, en cambio, era hallar lectores entre el pueblo, y fué popular, pero mucho tiempo después de su muerte.

En las obras del rey de Prusia hallamos aquellos versos dedicados en un principio a Gottsched, pero el subtítulo fué cambiado por el de *Au Sieur Gellert*. El rey había mudado de parecer.

Gottsched, en su larga carrera de escritor, tuvo éxitos. Escribió una gramática de la lengua alemana, en la que establecía las reglas que debían regir el idioma nacional; dedicó a los sinónimos varias monografías; redactó también una retórica y poética, *Arte crítico de la poesía*, siguiendo los principios sustentados en la antigüedad y en Francia; y numerosas otras obras. Con los años la actividad de este hombre múltiple fué decayendo, pues al intervenir en cosas ajenas a sus condiciones, se perdió.

Dice un historiador de la literatura alemana — Scherer —: *Gottsched era considerado como una figura en decadencia, quería actuar en el mundo aristocrático y sólo llegó a algunas pequeñas cortes*.

El heredero de Gottsched fué Lessing, que lo superó en forma brillante. Fué el primer crítico, esteta, traductor — en varias lenguas, además del griego y latín —, y dramaturgo de Alemania. No sólo fué el heredero sino también el destructor de la fama de Gottsched, criticando todas las fallas que hallaba en sus trabajos.

También Klopstock lo atacó duramente. El joven Goethe, que visitó al viejo literato, abandonado por todos, expresaba en un relato humorístico que hizo de esta entrevista: *Todo Leipzig lo despreciaba*.

Con respecto a Gellert la situación era distinta. Gozaba de gran popularidad, además de ejercer influencia en la Universidad. Su autoridad era grande en la Alemania protestante y en la católica, en la prusiana y en la austríaca.

A juicio de Scherer, las poesías bucólicas de Gellert denotaban más que

perfeccionamiento, una honrosa buena voluntad; sus comedias representaban fielmente la vida popular, a pesar de que carecían de perfección técnica. Además escribió una novela, una introducción al estilo epistolar y lecciones de Moral, que aparecieron después de su muerte. Las fábulas y cuentos, que son la base de su fama, se publicaron en 1746-1748, simultáneamente con los primeros cantos del Mesías de Klopstock.

Este último frecuentaba el círculo de Gellert, a quien dedicó una oda, que primero tituló *A mis amigos*, nombre que cambió por el de *Wingolf*. Pertenecían a este círculo hombres dedicados a los estudios clásicos, profesores y teólogos. El órgano literario llevaba el siguiente título: *Nuevas contribuciones para deleite de la inteligencia y de la Gracia* (1744-1748). Sus autores aspiraban ver surgir en Alemania una Atenas o por lo menos una nueva ciudad de París. Por lo general seguían las huellas de Hagedorn, manejaban prolijamente las formas y cuidaban de conservar un estilo pulido. Mezclábanse a los relatos serios y morales, los que cantaban al amor, a la mujer y a la amistad, el vino y las danzas. También se incluían imitaciones de Horacio y Anacreonte, expresando que *disfrutar la vida es el mandamiento de la Naturaleza*. Gellert, el principal animador de esta publicación, murió en 1769, a la edad de 54 años, no pudiendo contemplar, pues, los magníficos éxitos del movimiento del setenta.

La ciudad de Leipzig constituía por ese tiempo el pequeño París de Sajonia, era el centro comercial donde se reunían los productos del reino saxopolonés, siendo el lugar del acercamiento eslavo-germánico-románico, especialmente con sus famosas ferias. En aquella época era frecuente viajar al Leipzig galante, y allí, los estudiantes acostumbrados a las Universidades de los pequeños centros urbanos, con sus rudas maneras, las olvidaban apenas pisaban esta ciudad, y he ahí el motivo porque la Universidad de Leipzig era preferida por los jóvenes aristócratas. También la burguesía anhelaba poseer una cultura intelectual y moral.

La Universidad estaba constituida por una oligarquía de profesores, ortodoxos, conservadores y orgullosos de una ciencia poderosa, más tradicional que superada, pero por su parte accesible a los intereses generales de la cultura. Tanto los estudiantes como los profesores aprovechaban las ventajas que constituían las numerosas librerías y editoriales, por eso — dice Scherer —, *nunca fué más fácil ser escritor que en Leipzig*.

Esta atmósfera suave, que se respiraba en Leipzig, era muy distinta a la de Berlín o Pottsdam, las ciudades del rey guerrero y sabio, digno hijo del iluminismo, donde la libre expresión de las ideas permitía atrevidas críticas a las tradiciones religiosas, artísticas y científicas.

Por esa época se hallaba en Berlín el escritor Lessing, donde conoció a Richier de Louvain, secretario de Voltaire. La traducción de varios escritos históricos de Voltaire, por entonces en la corte prusiana, le valieron ser invitado a la mesa de éste. Poco tiempo más tarde, recibió Lessing, de manos de Voltaire un ejemplar del *Siglo de Luis XIV*, antes de ser puesto a la venta. Lessing cometió la imprudencia de prestarlo y aun llevarlo hasta Wittemberg, en diciembre de 1750. Voltaire se puso furioso, creyendo que Lessing haría la traducción y la publicaría sin su permiso, y le escribió varias cartas amenazadoras e insultantes. Enteróse Berlín de este suceso, siendo la única venganza de Lessing unos versos satíricos, que se referían al proceso del judío Efraím contra Voltaire.

Durante la ocupación de Sajonia, Lessing intimó con varios prusianos, especialmente con el mayor Ewald Kleist, el poeta de Primavera y Oda al ejército prusiano. Fué este militar quien inspiró a Lessing las figuras de Tellheim Apiano y el caballero Templario, hombría noble y melancólica, cuyo anhelo era morir honrosamente, deseo que se cumplió en la batalla de Kunersdorf (24 - 7 - 1759).

Por esa época el poeta Gleim cantaba a Prusia en *Canciones de un granadero prusiano*.

En 1765, Lessing es propuesto a Federico de Prusia para bibliotecario, pero el rey tiene buena memoria y recuerda el incidente con su ídolo, Voltaire, y rechaza al despreciable literato, que había huído con el *Siecle de Louis XIV*.

Con el objeto de no alargar demasiado este artículo, no mencionaremos a varios escritores que si bien no ocuparon un primer plano en las letras alemanas actuaron en la corte de Prusia y mantuvieron relaciones con el rey, lo que probaría en forma más completa que Federico se preocupó por el progreso literario de su nación.

El historiador Treitschke, en un estudio sobre Lessing, refiriéndose a la obra que sobre la literatura germana escribió Federico — *Sobre el estado de la literatura alemana* —, dice: *Hacia ella desearía dirigir a aquéllos que repiten todavía la fábula tendenciosa que al gran rey le faltó corazón para su pueblo.*

¿Cuál era la finalidad de ese trabajo de Federico II? ¹ El rey que había llevado a Prusia a una posición privilegiada, deseaba indicar con este escrito el camino que había de seguirse hacia el arte clásico; suponía que la falta de

1 Nos ha sido imposible consultar esta obra de Federico II, por lo que debimos recurrir a los fragmentos transcritos en la "Geschichte der Deutschen Literatur" de Scherer y en el trabajo de Treitschke.

apoyo por parte de los príncipes alemanes era la causa de que la literatura nacional no se elevara a un nivel superior. A esta reflexión respondieron los escritores orgullosamente que *el arte alemán había adquirido tal valor solo*, es decir, sin el apoyo de nadie.

Extraña — dice Federico —, en otro pasaje, *que los dramas de Shakespear, dignos de los salvajes del Canadá, y las monstruosas vulgaridades del Götz de Berlichingen (de Goethe), agraden al populacho. Veamos que opina Treitschke, con respecto a esta afirmación: Nosotros nos asombramos sobre esta inaudita poesía alemana, pero leamos más adelante — continúa Treitschke —, y veremos como habla poderosamente al corazón de los alemanes, y con alegría expresa su profunda esperanza en una gran literatura nacional.*

Federico tiene profunda fe en el espíritu alemán, *ha despertado la ambición de la Nación, y tal vez serán aquéllos que lleguen últimos, los que superen a los que ya han pasado.* Más adelante dice: *Yo soy como Moisés, veo la tierra prometida de lejos, pero soy demasiado viejo para penetrar alguna vez en ella.*

El pensamiento del rey era que la literatura alemana alcanzaría esplendor si seguía las reglas de la Academia francesa; he ahí su error, porque por la completa liberación de éstas, eliminó a la francesa del primer puesto que ocupaba en Europa.

No se hallaba el rey tan lejos de aquella tierra prometida, estaba en medio de ella, y no podía ver el enorme progreso que se había producido dentro de ella. Por eso se nos ocurre la siguiente reflexión, apoyándonos tanto en los comentadores como en su propio escrito: Federico, cegado por una cultura extraña a su patria, no vió los grandes progresos de la joven literatura alemana, pero la intuyó, como lo prueban los juicios que sobre ella expuso en su interesante obra. Como consecuencia de este interés por la literatura nacional, por parte de Federico II, ella fué admitida en otras cortes alemanas, participando los escritores, especialmente sajones y prusianos, en las veladas artísticas organizadas por las aristócratas prusianas.

Guillermo R. Gordóñez - Carlos G. Maier

A P E N D I C E

Desde el 8 de diciembre de 1760 al 17 de mayo de 1761, Federico el Grande permaneció en la ciudad de Leipzig, en Sajonia, donde, a pesar de ocuparse de los numerosos asuntos militares y de estado, se complacía en conversar con las celebridades de la Universidad local, con Winkler, Ernesti, Gottsched y otros.

Mitchell, embajador inglés, y el mayor Quintus Icilius, dos caballeros que veían al rey diariamente, trataron de convencerlo que se estaba gestando una nueva literatura alemana, de una importancia no sospechada por el monarca. Entre esos autores nuevos estaba Gellert. Es célebre su entrevista con el rey, en la cual se manifestó la posición de Federico de Prusia frente a la literatura germana.

El diálogo que reproducimos está tomado de la obra de Carlyle. ¹

Rey: —Es él, el profesor Gellert.

Gellert: —Sí, Su Majestad.

R.: —El embajador inglés me ha dicho muchas bondades de Vd. ¿De dónde es oriundo?

G.: —De Haynichen, cerca de Friburgo.

R.: —¿No tiene otro hermano en Friburgo?

G.: —Sí, Su Majestad.

R.: —Dígame el por qué no tenemos buenos escritores alemanes.

Mayor Quintus Icilius (interrumpiendo). —Su Majestad ve aquí a uno de ellos, al cual han traducido los franceses, llamándole el La Fontaine alemán.

R.: —Es mucho decir. ¿Ha leído a La Fontaine?

G.: —Sí, Su Majestad, pero no lo imito, soy original.

R.: —Así que éste es uno. Pero ¿por qué no hay mayor cantidad de buenos autores?

G.: —Su Majestad tiene prejuicios contra los alemanes.

R.: —No, ello no se puede decir.

G.: —Por lo menos contra los escritores alemanes.

R.: —Tiene razón en ello. ¿Por qué no tenemos buenos historiadores? ¿Por qué nadie se atreve a traducir a Tácito?

G.: —Tácito es de difícil traducción y tenemos también malas traducciones francesas de él.

R.: —En ello tiene razón.

G.: —Hay varias causas por las cuales los alemanes todavía no han sobresalido en el arte de escribir. Cuando las artes y las ciencias florecían entre los griegos, los romanos todavía hacían guerras. Quizás sea ésta la época guerrera de los alemanes.

R.: —¿Cómo, quiere tener un solo Augusto en toda Alemania?

G.: —No, quizás esto: quisiera sólo que el señor de un país brindara su apoyo a los genios.

(Continúa la conversación apartándose del tema, hasta que vuelven nuevamente a él).

R.: —¿Qué le parece a él? ¿Quién es más grande y hermoso en la epopeya, Homero o Virgilio?

¹ Thomas Carlyle, Friedrich der Grosse, pp. 659-664, Berlín, 1929.

G.: —Homero, por ser original.

R.: —Pero Virgilio es mucho más pulido.

G.: —Nosotros estamos demasiado alejados de Homero para poder juzgar la lengua en que se expresaba. Yo confío en Quintiliano, que le concede el honor a Homero.

R.: —No se debe ser esclavo del juicio de los antiguos.

G.: —No lo soy, pero los sigo, cuando la distancia es demasiado grande y yo ya no la puedo juzgar.

Mayor Quintus Icilius (interrumpiendo): —El ha publicado también unas cartas alemanas.

R.: —¿Sí? ¿Ha escrito entonces contra el *Stylum Curae*?

G.: —Sí, Su Majestad.

R.: —Creo que podría recitarme alguna de sus fábulas, lo menos sabrá una de memoria.

G.: —Lo dudo, la memoria me es traicionera.

R.: —Mientras camino, recuerde entonces.

(Gellert, pensativo, con las cejas fruncidas, trata de recordar).

R.: —¿Se acuerda ya?

G.: —Sí Su Majestad, la fábula "El Pintor".

(Recita con voz apagada, en tono sacerdotal sin duda, pero ni quebrado ni chillón).

R.: —Es muy buena, tienen elegancia esos versos.

B I B L I O G R A F I A

HEINRICH VON TREITSCHKE, Lessing, Leipzig, 1915.

WILHELM SCHERER, Geschichte der Deutschen Literatur, Knauer, Berlín, s. f.

OTTO KAEMMEL, Deutsche Geschichte, Dresden, 1889.

LAVISSE ET RAMBAUD, Le Grand Frederic, París, 1895.

EDGAR SANDERSEN, Historia de la civilización, Barcelona, 1935.

KARL LAMPRECHT, Deutsche Geschichte, Berlín, 1893.

MACAULAY, Federico el Grande.

Knaurs Weltgeschichte, Berlín, s. f.

THOMAS CARLYLE, Friedrich der Grosse, Berlín, 1929.